

que si durante el combate les hubiera dominado aquel abatimiento, hubiesen experimentado desastrosa derrota. En angustiosas zozobras pasaron la noche, creyendo que el samnita iba á atacar el campamento, ó que al amanecer tendría que comenzar de nuevo la pelea con los vencedores. Con menos pérdidas, no tenían más confianza por parte de los enemigos, y desde los primeros albores del día, sólo aspiraban á retirarse sin combatir. Pero no había camino más que en dirección del ejército romano, de modo que, al seguirle, parecía que marchaban directamente al ataque del campamento. El cónsul manda á sus soldados que tomen las armas y le sigan fuera de las empalizadas, y da á los legados, tribunos y prefectos de los aliados las órdenes necesarias. Todos le manifiestan «que harán seguramente cuanto dependa de ellos, pero que los soldados están desanimados y abatidos; que toda la noche han estado velando en medio de los heridos y lamentos de los moribundos; que si el enemigo hubiese venido antes de amanecer á atacar el campamento, la consternación les hubiese hecho abandonar las enseñas: que á pesar de que les retiene la vergüenza, no dejan de considerarse vencidos.» Ante estas observaciones el cónsul creyó conveniente presentarse á los soldados y dirigirles la palabra, y en su revista les reconviene por la lentitud en tomar las armas: «¿Qué podían esperar de aquellas tergiversaciones? El enemigo vendría al campamento, si ellos no salían, y combatirían por sus tiendas, si no querían combatir por sus empalizadas. Armándose y combatiendo, tendrían probabilidades de victoria, mientras que desnudos y desarmados, solamente podían esperar la muerte ó la esclavitud.» A estas enérgicas reconvenções del cónsul, contestaban: «Que se encontraban extenuados por el combate de la víspera; que no les quedaban fuerzas ni sangre; que veían avanzar al enemigo en mayor

número que el día anterior.» Entretanto se acercaba el ejército contrario; y á menor distancia, los soldados, más ciertos de lo que veían, aseguran que los samnitas traen estacas que sin duda van á emplear en rodear el campamento con una línea de circunvalación. Entonces exclama el cónsul con amenazadora voz: «Que sería la indignidad más repugnante soportar aquella vergüenza, tan enorme ignominia, del enemigo más cobarde. ¿Nos dejaremos sitiar en nuestro campamento para morir cobardemente de hambre, antes que perecer, si es necesario, por el hierro, como hombres de valor? Rogaba á los dioses que fuesen favorables á todos, cualquiera que fuese el partido que tomaran; en cuanto á él, M. Atilio, cónsul, aunque nadie le siguiese, marcharía solo contra el enemigo, y caería en medio de las filas de los samnitas, antes que ver sitiar el campamento romano.» Los legados, los tribunos, todas las turmas de la caballería y los jefes de las primeras centurias, aprobaron las palabras del cónsul. Entonces los soldados, vencidos por la vergüenza, empuñan las armas y salen lentamente del campamento. Desfilando en larga línea, en la que se notan intervalos, avanzan con aspecto abatido y como vencidos ante un enemigo que mostraba igual desconfianza y falta de firmeza; porque apenas vieron los samnitas las enseñas romanas, cuando se dijeron unos á otros, desde la cabeza del ejército hasta la retaguardia: «Que los romanos, conforme habían temido, salían para cortarles el camino; que no les quedaba salida ni siquiera por medio de la fuga; que era necesario perecer allí ó derrotar al enemigo y pasar por encima de sus cuerpos.»

Colocan los bagajes en el centro del ejército; y empuñando las armas, fórmanse en orden de batalla. Corto espacio separaba ya á los dos ejércitos, y cada bando esperaba que el otro avanzase primero, lanzando el gri-

to de ataque. Pero ni uno ni otro deseaba pelear, y se hubiesen retirado sin lanzar siquiera un dardo, si recíprocamente no hubiesen temido que les persiguieran en la retirada. En fin, después de largas vacilaciones, trabóse el combate con visible repugnancia de las tropas, que apenas lanzaron el grito de guerra con voz insegura y sin unanimidad: nadie daba un paso adelante. El cónsul romano, para dar energía al combate, manda algunas turmas sobre la línea enemiga; caen del caballo muchos jinetes, y esto produce confusión entre los otros. La infantería samnita se mueve para matar á los caídos y la romana para defender á los suyos. Hízose, pues, el combate algo más vivo; pero los samnitas habían avanzado con alguna más resolución y en mayor número, mientras que la caballería romana, en el desorden en que estaba, pisoteó á los que venían á socorrerla: la fuga, que comenzó entonces, arrastró á todo el ejército romano. Ya perseguían los samnitas á los fugitivos, cuando adelantándose el cónsul, corre á caballo á la puerta del campamento y coloca en ella una guardia de caballería con orden de tratar como á enemigos á cuantos se acerquen á las empalizadas, sean samnitas ó romanos: en seguida volvió, repitiendo las mismas amenazas, á contener á los infantes que se precipitaban hacia el campamento. «¿Adónde vas, soldado? dijo; allí encontrarás también armas y guerreros; y mientras viva tu cónsul, no entrarás en el campamento sino después de conseguir la victoria. Elige, pues; considera si es mejor combatir contra tu enemigo que contra tu conciudadano.» Mientras hablaba así el cónsul, la caballería, lanza en mano, les rodea y conmina para que vuelvan al combate. Al cónsul le ayudaron mucho, no solamente su valor sino también la casualidad; porque el ataque de los samnitas careció de vigor y tuvo tiempo para rehacer el orden de batalla y volver

la cara. Entonces se exhortan recíprocamente los soldados á restablecer el combate; los centuriones arrancan las enseñas á los signiferos para llevarlas adelante; hacen observar á los suyos que los enemigos que les perseguían son poco numerosos y que entre ellos reina el desorden y la confusión. Entretanto, el cónsul, levantando las manos al cielo y alzando la voz para que le oigan, ofrece un templo á Júpiter Stator, si el ejército romano, deteniéndose en la fuga y volviendo al combate, conseguía vencer y destruir á los samnitas. Hízose entonces un esfuerzo general para restablecer el combate; jefes, soldados, jinetes y peones, todos rivalizaron en valor. Hasta los mismos dioses parece que se interesaron por la gloria del nombre romano; tan fácil fué conseguir la ventaja y rechazar lejos del campamento al enemigo, llevándole muy pronto al terreno donde comenzó el combate. Allí se encontró detenido por el bagaje que había amontonado en medio de la llanura; y para no exponerlo al pillaje, lo encierra en un círculo de soldados. Pero en aquel momento, la infantería le estrechaba con viveza de frente y la caballería corre á envolverle por la espalda; encerrados de esta manera por todos lados, fueron muertos ó prisioneros. El número de éstos se elevó á siete mil doscientos, que pasaron desnudos bajo el yugo: haciéndose ascender á cuatro mil ochocientos el número de muertos. No dejó de ser costosa la victoria á los romanos. Habiendo hecho el cónsul el censo de los que había perdido en aquellas dos jornadas, reconoció que le faltaban siete mil doscientos hombres. Mientras ocurrían estas cosas en la Apulia, los samnitas, con otro ejército, intentaron apoderarse de Iteramna, colonia romana, en la vía latina, pero no lo consiguieron. Después de devastar el territorio, cuando se retiraban con rico botín en hombres y ganados y muchos colonos prisioneros, encontraron al

cónsul victorioso que regresaba de Luceria. No perdieron únicamente el botín, sino que ellos mismos, embrazados con el bagaje y marchando en larga fila, quedaron destrozados. El cónsul, después de invitar por un edicto á los interesados á que fuesen á Iteramna para reconocer y recuperar lo que les pertenecía, y de dejar allí el ejército, regresó á Roma para celebrar los comicios. Pidió el honor del triunfo, pero se le negó á causa de la pérdida de tantos millares de soldados y porque se contentó, sin poner condición alguna á los vencidos, con hacer pasar bajo el yugo á los prisioneros.

Postumio, el otro cónsul, no teniendo en qué ocupar su ejército en el Samnio, lo llevó á la Etruria, donde primeramente taló el territorio de los volsinios: saliendo éstos para defender sus campos, les dió batalla cerca de sus murallas, quedando muertos dos mil ochocientos etruscos, salvando á los demás la proximidad de la ciudad. Desde allí marchó el ejército al territorio ruselano, y no solamente lo devastó, sino que tomó la ciudad á viva fuerza. Mas de dos mil hombres cayeron prisioneros y menos de dos mil fueron los muertos alrededor de las murallas. Pero lo que distinguió á este año, mucho más que los triunfos en la guerra de Etruria, fué la importancia y brillantez de la paz que se ajustó. Pidiéronla tres ciudades de las más importantes, Volsinia, Perusa y Arrecio; y después de obligarse con el cónsul á suministrar á los soldados trigo y ropas, para que les permitiese enviar legados á Roma, consiguieron una tregua de cuarenta años; imponiéndose además á cada ciudad de estas, por una vez quinientos mil ases de multa. El cónsul pidió el triunfo al Senado en recompensa de sus hazañas, más por conformarse con la costumbre que con esperanza de conseguirlo. Viendo que se lo negaban, unos porque había salido de Roma demasiado tarde; otros porque, sin or-

den del Senado, había pasado del Samnio á la Etruria; éstos como enemigos personales; aquéllos como amigos de su colega, á quien querían consolar del desaire de la negativa haciéndola compartir á Postumio: «Padres conscriptos, dijo, lo que debo á la majestad del Senado no será parte para que olvide que soy cónsul. En virtud del legitimo poder que me ha dado la facultad de hacer la guerra, después de subyugar al Samnio y la Etruria, después de conquistar la victoria y la paz, triunfaré.» Dicho esto, salió del Senado. Los tribunos del pueblo no estuvieron de acuerdo; declaraban unos que se opondrían á un triunfo que no estaba autorizado por ningún precedente; otros, que se concedería á pesar de la oposición de sus colegas. Discutióse el asunto delante del pueblo. Invitado el cónsul á hablar, recordó que los cónsules M. Horacio, L. Valerio y recientemente C. Marcio Rutilo, padre del que entonces era censor, habían triunfado, no por la autoridad del Senado, sino por orden del pueblo; y añadió: «que hubiese acudido también al pueblo, á no saber que algunos tribunos, vendidos á los nobles, se declararían contra él; que la voluntad y favor del pueblo, manifestando unánimemente su consentimiento, le eran y le serían siempre ley.» Y á la mañana siguiente, sostenido por tres tribunos contra siete que se oponían y todo el Senado, triunfó entre las aclamaciones del pueblo. Los historiadores no están muy conformes acerca de los acontecimientos de este año. Refiere Claudio que Postumio, después de haber tomado algunas ciudades en el Samnio, fué derrotado y puesto en fuga en la Apulia; que hasta cayó herido y que regresó á Luceria con poca gente; que la guerra de Etruria la dirigió Atilio y mereció los honores del triunfo. Según Fabio, los dos cónsules hicieron la guerra en el Samnio y se encontraron juntos en Luceria: añade que desde allí (pero no dice cuál de los dos cónsules)

el ejército pasó á Etruria; que en Luceria la pérdida fué grande por ambas partes, y que en este combate, se ofreció un templo á Júpiter Stator, como lo hizo Rómulo, aunque hasta entonces solamente estaba consagrado el fanum, es decir, el terreno en que había de construirse. Este año, en fin, dispuso el Senado la construcción de este templo: ligada la república segunda vez por el mismo voto, no podía ya demorar su cumplimiento sin faltar á la religión.

Todo concurrió para que fuese memorable el año siguiente: el consulado de L. Papirio Cursor, ilustre por la gloria de su padre y por la suya, una guerra terrible y una victoria tan brillante, que ningún general, exceptuando el padre del cónsul, había conseguido hasta entonces de los samnitas. Estos, con los mismos esfuerzos y aparato que otras veces, habían adornado á sus tropas con todo el lujo de sus magníficas armas; habían hecho intervenir á los dioses, sometiendo á los soldados á una manera de iniciación, por medio de un juramento tomado de un rito antiguo, y haciendo levas en todo el Samnio, según una nueva ley que decía: «Si algún joven no se presenta al llamamiento del general ó abandona las enseñas sin su permiso, su cabeza quedará votada á Júpiter.» Designóse Aquilonia para punto de reunión del ejército, y acudieron allí cuarenta mil combatientes, que formaban todas las fuerzas del Samnio. En medio del campamento formaron un recinto que tenía doscientos pies en todos sentidos, cerrándole con celosías y tabiques y cubriéndole con lienzo de hilo. En su interior se celebró un sacrificio en la forma prescrita por un ritual antiguo escrito en lienzo. El sacrificador era Ovio Paccio, varón muy anciano, que aseguraba haber encontrado aquellas fórmulas en las antiguas prácticas religiosas de los samnitas, empleadas en otros tiempos por sus antepasados, cuando tomaron disposi-

ciones secretas para arrebatarse Capua á los etruscos. Terminado el sacrificio, el general mandó llamar por medio de un viator á los más distinguidos por su nacimiento y hazañas, instruyéndoles uno á uno. El aparato de aquella ceremonia era á propósito, no solamente para infundir en el ánimo religioso terror, sino que en medio de aquel recinto, completamente cubierto, habían levantado altares, rodeados de víctimas inmoladas y guardadas por centuriones, que permanecían de pie, con la espada en la mano. A estos altares hacían acercarse á cada soldado, más como víctima que como participante del sacrificio, y tenía que obligarse por juramento á no revelar nada de lo que viese ó oyese en aquel paraje. Obligábanle en seguida á proferir terribles imprecaciones, cuya fórmula le dictaban, contra él mismo, contra su familia y toda su raza, si no marchaba al combate por todas partes donde le llevasen sus jefes, si huía del campo de batalla, ó si no mataba en el acto al primero que viese huir. Al principio se negaron algunos á este juramento; pero les degollaron junto á los altares, y sus cuerpos tendidos entre las ensangrentadas víctimas sirvieron para advertir á los demás que no resistieran. Una vez ligados por estas imprecaciones los samnitas más ilustres, el general nombró diez, que debían nombrar otros tantos, hasta que se completase el número de diez y seis mil. Esta legión se llamó linteata por los lienzos de lino que cubrían el recinto donde se había ligado por juramento la nobleza. Dióse á los que la formaban brillantes armaduras y cascos con penachos para poder distinguirlos en medio de los otros. El resto del ejército ascendía á poco más de veinte mil hombres, que por la estatura ó por la reputación de valor y por el equipo cedían á la legión linteata. Tal era el ejército que se reunió en Aquilonia.

Los cónsules partieron de Roma. Sp. Carvilio, á quien

habían asignado las legiones que M. Atilio, cónsul el año anterior, había dejado en Interamna, entró con ellas en el Samnio; y mientras el enemigo, ocupado en sus supersticiones, solamente pensaba en reuniones secretas, le tomó á viva fuerza la ciudad de Amiterno. Allí quedaron muertos cerca de dos mil ochocientos hombres y fueron hechos prisioneros cuatro mil doscientos setenta. Papirio, después de formar otro ejército, según se había ordenado, tomó á Duronia, donde hizo menos prisioneros que su colega, pero mató alguna más gente al enemigo. En ambas ciudades se apoderaron de rico botín. Los cónsules, después de recorrer el Samnio, y talado especialmente el territorio de Atino, se dirigieron, Carvilio hacia Cominio y Papirio sobre Aquilonia, donde se encontraba el grueso de las tropas samnitas. Durante algún tiempo no cesaron de batirse allí, pero sin comprometer lance serio. Atacar al enemigo cuando estaba tranquilo, replegarse cuando resistía, amenazar más bien que trabar combate, tal era la ocupación diaria. Y como el combate, si se trababa no se sostenía, el resultado de todas las escaramuzas quedaba siempre indeciso. El otro campamento romano distaba veinte millas de allí; pero esta distancia no impedía á los cónsules ponerse de acuerdo para todas las operaciones; y hasta Carvilio atendía más á Aquilonia, donde debían descargarse los golpes más fuertes que á Cominio, cuyo sitio mantenía. L. Papirio, después de tomar casi todas sus disposiciones para una batalla, envió á decir á su colega: «Que intentaba, permitiéndoselo los auspicios, atacar al enemigo al día siguiente; que era necesario que, por su parte, atacase á Cominio con el mayor vigor, por temor de que los samnitas, si se les dejaba espacio, enviasen refuerzos á Aquilonia.» El mensajero empleó el día en desempeñar su comisión; regresó por la noche diciendo que el otro cónsul apro-

baba la determinación tomada. Papirio, después de enviar al mensajero, reunió á sus soldados. Habló largamente acerca de la naturaleza de la guerra en general, mucho sobre el aparato de los enemigos, vana ostentación que no podía ser medio de triunfo. «¿Causaban heridas los penachos? Los dardos romanos traspasarían el oro y las pinturas de los escudos; y en cuanto á aquellas túnicas tan blancas y brillantes, en cuanto jugase el hierro, las arrojearía de sangre. Su padre exterminó en otro tiempo un ejército de samnitas dorados y plateados, y aquellos magníficos despojos honraron más á los vencedores que las armas á los vencidos. Tal vez era destino de los jefes de su nombre y su familia resistir los esfuerzos más grandes de los samnitas, y arrebatárles despojos dignos de adornar los parajes públicos. Ayudáronles los dioses inmortales, vengadores de los tratados tantas veces pedidos y otras tantas violados; y si era lícito penetrar en los pensamientos divinos, jamás les había sido más odioso ningún ejército que aquel que, manchado con un sacrificio nefando, con sangre humana mezclada con la de los animales, doblemente entregado á la cólera celeste, temiendo por un lado á los dioses testigos de los tratados ajustados con Roma, y por otro á las imprecaciones terribles con las que se había comprometido en contra de aquellos tratados, había prestado, á pesar suyo, un juramento que le repugnaba, y temía á la vez á los dioses, á sus conciudadanos y á los enemigos.»

Cuando hubo revelado estos detalles que había adquirido por los desertores delante de los soldados que por sí mismos estaban ya muy irritados contra el enemigo, confiando completamente en los dioses y en sus propias fuerzas, piden con grito unánime el combate; deploran que lo hayan demorado hasta el día siguiente y no pueden soportar el retraso de un día y una noche.

Á la tercera vigilia de la noche, habiendo recibido ya la respuesta de su colega, levántase silenciosamente Papirio y manda al pulario tomar los auspicios. Ninguno había en el campamento, cualquiera que fuese su clase, que no participase de igual ardor por el combate: los jefes superiores y los últimos soldados experimentaban igual impaciencia. El general confiaba en sus soldados, y éstos en su general. Esta excitación de todos los ánimos se había comunicado hasta á los ministros de los auspicios. Así fué que, á pesar de que las gallinas se negaron á comer, el pulario se atrevió á mentir, anunciando al cónsul que los auspicios eran favorables (*tripudium solistimum*) (1). Regocijado el cónsul con tan feliz noticia, dice á los soldados que les favorecen los dioses, y dió la señal de combate. Ya salía para marchar al enemigo, cuando le anuncia un desertor que veinte cohortes de samnitas (constaban de cerca de cuatrocientos hombres) habían partido para Cominio. Temiendo que fuese sorprendido su colega, le envía en el acto un mensajero, y en seguida manda á los suyos acelerar el paso. Á los cuerpos de reserva les había designado sus puestos y sus jefes. Encargó el ala derecha á L. Volumnio, la izquierda á L. Escipión y dió el mando de la caballería á otros dos legados, Cayo Cedicio y Cayo Trebonio. Mandó á Sp. Naucio que hiciese quitar los bastes á los mulos y que marchase apresuradamente con las cohortes auxiliares á rodear una eminencia, y que una vez trabado el combate, se mostrase en aquella altura levantando cuanta polvareda pudiese. Mientras se ocupaba el general en estas disposiciones, promoviósese entre los

(1) El augurio que se obtenía de las gallinas sagradas era funesto, cuando estas aves salían lentamente de su jaula ó no querían comer. Pero en el caso contrario, cuando comían con tal avidez que se les caía el grano del pico al suelo, el hecho se llamaba *tripudium solistimum*.

pularios, acerca de los auspicios del día, un altercado que escucharon los jinetes romanos. Comprendiendo éstos que no era cosa de despreciar, previnieron á Sp. Papirio, hijo del hermano del cónsul, que había dudas acerca de los auspicios. Este joven, nacido antes de la doctrina que enseña á despreciar á los dioses (1), comprueba el hecho para no decir nada sin pruebas y da cuenta al cónsul, quien le contestó: «Conserva siempre la misma exactitud y el mismo celo; pero el que toma el auspicio, si declara en falso, se atrae la maldición. En cuanto á mí, no han anunciado el *tripudium*, que es excelente presagio para el pueblo romano y para el ejército.» En seguida mandó á los centuriones que colocasen á los pularios en primera fila. Los samnitas por su parte hacen avanzar sus enseñas, seguidas de un ejército que por sus ricos trajes y sus armas era, hasta para sus enemigos, magnífico espectáculo. Antes de lanzar el grito de ataque y de que viniesen á las manos, el pulario, herido por un dardo lanzado al acaso, cayó delante de las enseñas. Cuando se lo dijeron al cónsul, contestó: «Los dioses asisten al combate; el culpable ha recibido su castigo.» Cuando pronunciaba estas palabras, un cuervo, pasando delante de él, lanzó penetrante grito: contento por este augurio, y asegurando que nunca habían mostrado tan visiblemente los dioses su intervención en las cosas humanas, manda tocar las trompetas y lanzar el grito de ataque.

Terrible fué el combate que se trabó, aunque con muy diferentes disposiciones de ánimo por una y otra parte. La cólera, la esperanza y el ardor guerrero arrastraban á los romanos ávidos de la sangre de sus enemigos; á la mayor parte de los samnitas, la necesidad y el imperio de la religión les obliga, menos á avanzar sobre el

(1) Antes de que se propagase la filosofía de Epicuro.

enemigo que á rechazarle; y no habrían podido resistir el primer grito ni el primer choque de los romanos, acostumbrados como estaban desde muchos años á ser vencidos, si no les hubiese impedido huir otro temor más fuerte del que estaban penetrados sus corazones. Ante los ojos tenían todo el aparato de sus espantosos misterios, sus sacerdotes armados, la tierra cubierta de hombres y animales degollados, la sangre humana corriendo sobre los altares con la de las víctimas; aquellas imprecaciones, aquellas fórmulas terribles que les sacrificaban á las furias, á ellos, á sus familias y á su raza. Sujetos por estos lazos, no se atrevían á huir, temiendo más á sus conciudadanos que á sus enemigos. Los romanos les estrechaban en las alas y el centro, y les destrozaban aprovechando el estupor en que les tenía el miedo á los dioses y á los hombres. Los samnitas oponían débil resistencia, como hombres cuya fuga solamente retrasa el miedo. La matanza había llegado ya hasta las enseñas, cuando se descubre una nube de polvo que parecía producido por la marcha de numeroso ejército. Era Sp. Naucio, ó según otros Octavio Mecio, que llegaba al frente de las cohortes de las alas, y la nube de polvo que levantaba engañaba acerca del número de sus fuerzas, porque los siervos del ejército, montados en los mulos, arrastraban por el suelo ramas con sus hojas. Distingúense primeramente armas y enseñas en medio de la polvareda que apenas puede penetrar la luz; pero á retaguardia, el polvo, más espeso cada vez, hacía creer que cerraba la marcha un cuerpo de caballería. Engañanse los samnitas y los mismos romanos, y el cónsul confirma el error, gritando en las primeras filas para que le pudiese oír el enemigo, «que Cominio había caído; que llegaba su colega victorioso; que era necesario vencer para no dejar á otro ejército la gloria de aquel combate.» Hablaba de esta manera mon-

tado en su caballo, y en seguida manda á los tribunos y á los centuriones que abran paso á la caballería. Había encargado á Trebonio y á Cedicio que, cuando le viesen empuñarse y agitar la lanza, lanzasen la caballería contra el enemigo con la mayor impetuosidad. Todo se ejecuta puntualmente: tan bien tomadas estaban las disposiciones. Ábrense las filas, la caballería se lanza en medio de los grupos enemigos, y por todas partes donde ataca rompe las líneas. Volumnio y Escipión la siguen y derriban al enemigo quebrantado. Sobreponiéndose entonces al miedo de los dioses el de los hombres, las cohortes de la legión linteata se desbandan, todos huyen á la vez, los juramentados y los que no lo están, experimentando igual temor al enemigo. Lo que quedó de la infantería fué empujado á su campamento de Aquilonia; la nobleza y la caballería huyeron á Boviano. La caballería romana persiguió á la samnita; la infantería á la infantería, y las alas, tomando opuesto camino se dirigen, la derecha al campamento samnita, la izquierda á la ciudad. Volumnio se apoderó en seguida del campamento: la ciudad opuso más resistencia á Escipión, no porque los vencidos mostrasen mayor energía, sino porque las murallas son mejores defensas que las empalizadas. Desde lo alto de los parapetos rechazan á pedradas á los que asaltan; y calculando Escipión que si no se termina el lance en el primer momento de consternación y antes de que el enemigo tuviese tiempo para reponerse, el ataque de una ciudad fortificada sería largo, pregunta á sus soldados «si habiéndose apoderado del campamento la otra ala, consentirían, siendo victoriosos, que les rechazasen de las puertas de la ciudad.» Todos gritan; él da ejemplo, levanta su escudo sobre la cabeza y marcha hacia la puerta: los demás le siguen formando la tortuga y fuerzan la plaza. Después de derribar á cuantos samnitas estaban cerca de la

puerta, ocupan las murallas; pero siendo poco numerosos, no se atreven á penetrar en el interior de la ciudad.

El cónsul ignoró al principio estas circunstancias, y se ocupaba en hacer regresar al ejército, porque ya declinaba el día, y la noche, que se acercaba, todo lo hacía peligroso y objeto de sospecha hasta para los defensores. Habiendo avanzado, á cierta distancia vió á la derecha el campamento tomado; á la izquierda oye en la ciudad los gritos de espanto mezclados con las voces y el ruido de los combatientes; en aquel mismo momento atacaban la puerta. Lanzando en seguida su caballo más cerca de la ciudad, ve sus soldados sobre las murallas, y como no necesitaba deliberar, porque el arrojó de unos pocos le proporcionaba ocasión de realizar una grande empresa, llama las tropas que había reunido y les manda marchar sobre la ciudad, en la que entraron por el punto más inmediato; pero acercándose la noche, quedaron inactivas. Durante la noche abandonó el enemigo la ciudad. Aquel día mataron á los samnitas treinta mil trescientos cuarenta hombres; les hicieron tres mil ochocientos sesenta prisioneros y se apoderaron de noventa y siete enseñas. Dícese que jamás se mostró más contento un general en el campo de batalla que Papirio, bien por efecto de su carácter, bien por confianza en el éxito. Igual fortaleza de ánimo mostró cuando se promovieron las dudas acerca del auspicio, sin poder hacerle desistir del combate, y cuando en lo más recio del peligro, en uno de los momentos en que se acostumbraba ofrecer templos á los dioses inmortales, hizo voto, si derrotaba las legiones enemigas, de ofrecer á Júpiter vencedor, antes de beber vino, una copita de vino con miel. Este voto agradó á los dioses y los auspicios se inclinaron al favor.

Igualmente afortunado fué en Cominio el otro cónsul. Al amanecer, habiendo hecho avanzar todas sus tropas

contra las murallas, atacó á la ciudad, y colocó en las puertas fuertes destacamentos para impedir toda salida. Ya iba á dar la señal, cuando llegó á toda brida el mensajero de su colega anunciándole la aproximación de las veinte cohortes enemigas. Este aviso le hizo suspender el ataque y llamar parte de las tropas que estaban preparadas para el asalto y solamente esperaban la señal. Mandó á D. Bruto que marchase con la primera legión, diez cohortes auxiliares y la caballería, al encuentro de la fuerza enemiga, y donde quiera que la encontrase hacerla frente y detenerla, y hasta darle batalla si era necesario, de tal manera, que aquellas fuerzas no pudiesen llegar á Cominio. Por su parte, mandó llevar escalas para asaltar las murallas por todas partes, y al abrigo de la tortuga, avanzó hasta las puertas. Al mismo tiempo que las rompían, daban el asalto general; y los samnitas, mientras no vieron al enemigo sobre las murallas, mostraron bastante resolución para impedirles que se acercasen; pero desde el momento en que ya no combatían desde lejos con armas arrojadas, comenzaron á reunirse, perdieron toda esperanza de resistir á hombres que, después de subir trabajosamente desde el pie de las murallas á lo más alto, vencedores de lo que más temían, de las dificultades del terreno, podían ahora combatir fácilmente, en suelo igual, con un enemigo que les era inferior. Abandonando las torres y las murallas, huyeron todos al centro de la ciudad, donde durante algún tiempo intentaron la última probabilidad de combate. Deponiendo al fin las armas, rindiéronse á discreción al cónsul en número de once mil cuatrocientos hombres; habían sido muertos cerca de cuatro mil ochocientos ochenta. De esta manera ocurrieron las cosas en Cominio y Aquilonia. Esperábase otro combate en el espacio que separa estas dos ciudades, pero en ninguna parte se encontraron enemigos.



Como distaban estos siete millas de Cominio, llamados por los suyos, no asistieron á ninguna de las dos batallas. Casi al cerrar la noche, encontrándose ya á la vista del campamento de Aquilonia, oyeron por los dos lados á la vez igual clamor, que les detuvo en la marcha; después, viendo por el lado del campamento, incendiado por los romanos, las llamas que se extendían á lo lejos, esta señal de indudable derrota les quitó el valor para avanzar más, quedando en aquel mismo punto. Tendidos aquí y allá en el suelo, al azar y completamente armados, pasaron toda la noche inquietos, esperando y temiendo el día. Al amanecer, vacilaban acerca del camino que debían seguir, cuando viéndose descubiertos por algunos jinetes, emprendieron desordenada fuga. Aquellos jinetes que iban en persecución de los samnitas escapados de la ciudad durante la noche, habían observado aquella multitud que no tenía empalizadas ni puestos avanzados para su defensa. También la habían visto desde las murallas de Aquilonia, y las cohortes legionarias habían partido también en su persecución. Imposible fué á la infantería alcanzar á los fugitivos; pero habiendo alcanzado la caballería su retaguardia, mató cerca de doscientos ochenta soldados. En su precipitada fuga, los enemigos abandonaron muchas armas y diez y ocho enseñas. El resto de este cuerpo de tropas llegó sin pérdidas á Boviano, á pesar del desorden de la fuga.

Cada ejército romano experimentó doblemente la alegría del triunfo al conocer el del otro. Los dos cónsules, puestos de acuerdo, abandonaron al soldado el saqueo de las dos ciudades que acababan de tomar. Cuando lo hubieron sacado todo de las casas, las prendieron fuego, desapareciendo entre las llamas el mismo día Aquilonia y Cominio. Los cónsules, cuyas legiones se felicitaban mutuamente, como se felicitaban ellos mismos,

reunieron sus tropas en un solo campamento, y en presencia de los dos ejércitos Carvilio elogió y distribuyó á los suyos recompensas según el mérito de cada uno. Papirio, cuyas tropas habían peleado tantas veces en el ataque del campamento y en derredor de las murallas, dió brazaletes y coronas de oro á Sp. Naucio y á Sp. Papirio, hijos de su hermano, á cuatro centuriones y á un manipulo de hastatos, á Naucio, por haber asustado al enemigo, como pudiera haberlo hecho un ejército numeroso; al joven Papirio, por haberse distinguido al frente de la caballería en el combate, y durante la noche en la persecución de los samnitas escapados secretamente de Aquilonia; á los centuriones y á los soldados, que fueron los primeros en forzar la puerta y muralla de Aquilonia. A todos los jinetes, por el brillante valor que habían demostrado en todas ocasiones, concedió cuernecitos (1) y brazaletes de plata. En seguida celebraron consejo, porque parecía llegada la ocasión de retirar del Samnio los dos ejércitos, ó al menos uno. Creyóse que, cuanto más abatidas se encontraban las fuerzas de los samnitas, mayor perseverancia debía desplegar en proseguir las operaciones para poder entregar el Samnio sometido á los cónsules venideros. Puesto que el enemigo no tenía ya ejército en estado de resistir batalla campal, solamente quedaba que poner sitio á las ciudades. Destruyéndolas, podían aumentar el botín del soldado y exterminar al enemigo obligándole á combatir por sus altares y familias. En consecuencia de esto, después de dirigir al Senado y al pueblo romano cartas en que daban cuenta de sus hazañas, se separaron los cónsules, llevando las legiones Papirio á sitiar á Sepino y Carvilio á Volana.

(1) Créese que esta recompensa consistía en un cuernecito hueco que se adaptaba al casco y en el que colocaban un penacho de pluma ó cerda.